

de gracias durante la que Jesucristo será inspirador y conductor, sin que vosotros hagáis otra cosa que ejecutar y reproducir exteriormente, mediante vuestros miembros y facultades, y con vuestra vida exterior, la vida divina que llevará á vuestra alma, porque no seréis entonces vosotros los que viviréis, sino que Él vivirá en vosotros.

Observad estos principios de vida; no temáis vivir con Nuestro Señor, bajo su inspiración y mirada y en su amor, pues sólo esto puede tornar dulce y grata la vida religiosa, que sin lo dicho es una galera en que se condena perpetuamente á uno á trabajos forzados. Id directamente á Él, vivid de Él y en Él, pues la línea curva no conduce pronto al término, y no perdáis el tiempo en los medios: ahí tenéis el gran medio y el principio realmente fecundo. Amad á la Santísima Virgen y á los Santos; rogadles, auxiliadlos con sus ejemplos, implorad su socorro, pero que todo esto os sirva únicamente de ayuda para llegar á Nuestro Señor, y entonces ofrecedle vuestras obras y vuestra vida, porque es vuestro centro y vuestro fin como es centro y fin de los mismos Santos.



## JESÚS EN LA EUCARISTÍA

### MODELO DE LOS TRES VOTOS

**N**UESTRO Señor es, en el Sacramento, el principio de nuestra santidad y además ejemplar de ésta. Porque no nos bastaría la ley, puesto que para comprender necesitamos ver la manera de obrar, y Nuestro Señor se presenta como dechado que debemos imitar y reproducir: *Veni, sequere me.*

Ahora bien: es preciso tomar á Nuestro Señor donde se nos manifiesta, que es en el Santísimo Sacramento. donde continúa el Evangelio á vista nuestra, por lo cual la Eucaristía debe ser nuestro Evangelio, pero Evangelio viviente. ¿Por qué razón habríais de privaros de la vista de su persona para leer su palabra, que llega hasta vosotros á través de diecinueve siglos? Aparte de que el mismo Evangelio sigue siendo un libro cerrado cuando Nuestro Señor no lo abre, mientras que en el Santísimo Sacramento es donde lo desenvuelve, lo comenta é ilustra con sus virtudes, renovándolas y continuándolas

ante nuestros ojos. Por consiguiente, el religioso debe escoger para modelo suyo á Nuestro Señor sacramentado: ahí le habéis de estudiar. Para todos los tiempos son estas palabras: «sígueme» y «mira y obra conforme al ejemplar que se te ha enseñado.» Por lo tanto, también á nosotros están dirigidas.

Mas un religioso, ¿qué es? Un hombre que se ofrece é inmola á Dios por la pobreza, la castidad y la obediencia profesadas para siempre.

I. Luego tenéis que ser pobres, pues hicisteis voto de pobreza, que consiste en no tener nada y en esperar de la caridad hasta las cosas más necesarias para la vida. — Cierto que á consecuencia de la inestabilidad de los tiempos y del mal espíritu de los gobiernos civiles, la Iglesia se ve obligada (1) á no admitir congregaciones de votos solemnes por los que el religioso renunciaba á toda propiedad de sus bienes, mientras que por el voto simple de pobreza sólo se renuncia á usar y disponer de ellos, conservándose la propiedad fundamental; pero en cuanto á la práctica de la pobreza, el voto simple no difiere del solemne.

Por consiguiente, todo lo que para vuestro uso tenéis, la Congregación os lo ha prestado; por lo que si lo miráis como vuestro, faltáis á la pobreza, y si decís: «esto es mío», hurtáis. Obligado se halla el Superior á quitar al religioso todo aquello á que parezca aficionarse, para impedir que quebrante su voto. Cuidad de que, habiendo renunciado á grandes cosas, no os aficionéis á las menudas; por manera que vuestro corazón que no se eureda entre la abundan-

(1) El autor parece referirse especialmente á Francia, en donde hablaba. (N. del T.)

cia de bienes y de la fortuna, no se prenda y sujete ahora á bagatelas.

Os presento una materia muy necesitada de examen: indagad si sois verdaderamente libres en todo.

Pero todavía es mejor, que contemplando á Nuestro Señor en su Sacramento, comparéis con la suya vuestra pobreza.

¿Qué posee? ¿De qué goza exteriormente? Ni gloria, ni majestad, ni atributo alguno de su divinidad, así como ninguna facultad de su humanidad santísima; sino que se ha dejado en el cielo todos sus bienes para que sean la alegría de los bienaventurados; se ha venido únicamente con su ser divino y humano para darse á nosotros y hasta despojarse de él en nuestros pechos por la sagrada Comunión. — Desnudos y sin poseer más que vuestra buena voluntad, se le como El que recibe de los fieles todo lo que necesita, consintiendo en recibir la limosna del techo que le cubre, de los muebles que sirven en su sacrificio y en la Comunión, y hasta del lienzo blanco sobre que descansa; sin que de nada de esto tenga libre propiedad, pues se le puede retirar á cualquier hora, sin resistencia alguna de su parte. ¡Y cómo no, habiendo renunciado á su propia posesión, en términos que puede hacerse de él lo que se quiera sin que se oponga á trato alguno, sea el que quiera!

No se incomoda Nuestro Señor porque le sirvan pobremente, con tal que se haga con buena voluntad, y nada rechaza, muy dispuesto á utilizarlo todo. ¡Ah, sí! Con la santa pobreza se desposa, que es su inseparable compañera.

Si hay ocasiones en que la pobreza os resulta trabajosa, alzad los ojos y mirad en la Eucaristía á Nuestro Señor, todavía más pobre que vosotros y

teniendo mucho menos que vosotros, de forma que nunca llegaréis á igualarle en pobreza, pues tan sólo conserva las especies y no siquiera la escasisima substancia representada en una Hostia que siguiera siendo pan; no, tan sólo tiene las apariencias de pan y vino, accidentes sin substancia. ¿Hay algo que se acerque tanto á la nada? Pues esa es toda la propiedad de Jesús en la Eucaristía. ¡Ah, sí! Estudiad é imitad esa pobreza angusta hasta que lleguéis al día en que os separéis por completo de todo y de vosotros mismos.

Y sin embargo, entonces será cuando encontrareis la libertad, pues como dice la *Imitación*, para ser libre, antes hay que procurar tener menos que tener más. La pobreza es la independencia del liberto de Jesucristo, de su esclavo voluntario: téngase en cuenta que cuando se hicieron ricas, perdiéronse las Congregaciones religiosas.

El día en que un religioso dice: «Soy rico, ya nada necesito», deja de ser religioso y sobre las fundaciones de la Orden que así hablase, descendería la cólera de Dios; en cambio, la corporación que trabaja y de Dios espera confiadamente su auxilio, prospera y tiene asegurado su logro.

Lo cual no quiere decir que una asociación no pueda poseer cosa alguna, pues á la regla pertenece el proveer sobre esto.

II. Nuestro Señor es el modelo de la castidad, que es el segundo de los votos por los que se promete á Dios no amar sino á Él, ni amar nunca á nadie que pueda tener parte en vuestro amor, supuesto que entero se lo entregasteis mediante el hermoso prometimiento de la castidad.

En cuanto á la gracia de la pureza tan sólo viene

de Nuestro Señor; la Comunión la da, la aumenta, la fortifica, la preserva y la sostiene contra todos los asaltos del infierno, del mundo y de la carne; en ella bebéis la sangre virginal del Cordero sin mancha, y es absoluta verdad que sin la Comunión es imposible ser casto.

Él es en la Eucaristía la misma esencia de la pureza; tan puro es, que á ningún cuerpo se une, ni siquiera á la substancia del pan, pues la destruye para ponerse en lugar de ella, ni tampoco á los accidentes visibles, puesto que no se les une ni substancial ni personalmente y sólo quiere una forma sin fondo, que no pueda llegar hasta Él.

Esto os enseña que no debéis amar á nadie, ni uniros por ella misma á cosa alguna; por nuestro Señor uníos con las almas, pero por ellas mismas, jamás; nada de esas uniones substanciales en cierto modo en las que los corazones se confunden, y un alma se pierde, por decirlo así, y se absorbe en otra; no, nada de liga ni de mezcla: hay que conservarse virgen, así en el corazón como en el cuerpo.

Si es que en lo pasado perdisteis este bello tesoro, tened entendido que al abrazar la vida religiosa somos rehechos y creados nuevamente; pues así como el bautismo nos creó en Jesucristo, la profesión religiosa es un bautismo, en términos que algunos la comparan con el martirio, y en ella os habéis provisto, al par que de nueva vida, de una pureza nueva, que debéis guardar exactamente. ¿De qué modo? Comulgando: así vendrá á nosotros nuestro Señor para con nosotros practicar Él mismo la santa virtud de la pureza.

Quando las tentaciones menudeen y se presenten amenazadoras, orad, suplicad que se os conceda la

sagrada Comunión con más frecuencia que de ordinario, y con el fuego del amor divino apagad aquel impuro fuego del infierno. ¿No es Jesucristo quien impera en los vientos y en las tempestades, que se calman á su voz? Recibid, por lo tanto, la pureza en su esencia que es Jesucristo, el Dios de toda pureza.

III. El voto de obediencia consume el sacrificio del religioso, pues es el voto esencial de la religión y pudiera bastar él solo, ya que contiene á los otros por manera eminente, y ofreciendo á Dios la libertad, la voluntad, la esencia misma del hombre, su libre albedrío y su personalidad, acaba el holocausto que en los bienes de fortuna comenzó la pobreza y en los del cuerpo continuó la castidad.

Adorad, pues, la obediencia de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. — ¡Qué prontitud! ¡Qué pasiva sumisión, incondicional y sin restricción, ciega, absoluta! Su dueño es el sacerdote, á quien de continuo obedece, ya sea ferviente y santo, ora no lo sea; obedece á todos los fieles que le obligan á que en la Comunión vaya á ellos siempre y cuando se presentan; obediencia permanente, constante, siempre igualmente solícita, y sin embargo es el Hijo de Dios, y quien en todo el universo impera, y de cuya fuerza proceden la vida y su conservación en los mismos á quienes de este modo quiere obedecer con la absoluta sumisión del esclavo que carece de derecho sobre sus actos, respecto á su cuerpo y en cuanto á su propia vida.

Porque es su misma vida lo que entrega; y hay sacerdotes á quienes pudiera preguntarse si celebran el Sacrificio tres veces santo, ó si en vez de ello no es una parodia insultante la que efectúan: *Sacrist-*

*cat an insultat?* ¡Mas Nuestro Señor no retrocede ni siquiera ante los sacrilegos que llegan á recibirle, á los cuales guardará obediencia, sí, obediencia continua hasta la muerte.

Probablemente vuestra obediencia no ira tan lejos; pero á lo menos, á fin de rendir homenaje á la de nuestro Señor, obedecedle en vuestros superiores y mandatarios suyos, y leed órdenes tuyas en los preceptos de vuestra Regla. No miréis cuál persona manda, ni si es humillante ó glorioso el acto que habéis de ejecutar. ¿Os lo mandan? Pues id. No hay más que un solo principio de autoridad, que es Dios, que habla por distintos instrumentos; y cuanto más humilde sea el órgano de que se valga, mayor mérito tendrá vuestra obediencia.

Lo que habéis de hacer es no perder de vista á nuestro Señor en su Sacramento de obediencia si queréis tener fuerza para obedecerle siempre, en todo, pronta y alegremente. ¡Pues qué! Cuando nuestro Señor viene á vosotros siempre que queréis, á cualquier hora en que lleguéis, y sean cualesquiera las disposiciones que juzguéis suficientes para recibirle, en seguida que os presentáis, ya le tenéis, ¿rehusaréis ir adonde por boca de vuestro Superior os diga que vayáis? ¿Seréis capaces de no hacer todo lo que quiera? ¿Acaso vuestra grandeza es superior á la suya?

Nada de eso; obedeced militarmente, á la primera palabra partid, obrad con puntualidad, y sed como el soldado que no reconoce obstáculos para su consigna y á nadie escucha cuando se trata de cumplirla. Obedeced como los ángeles, cuyas alas desplegadas significan la prontitud y alegría con que cumplen los más leves deseos de Dios.

Obedeced como nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh! ¡Cuánto consuelo se contiene en poder decirse que por medio de sus votos hace uno lo mismo que nuestro Señor!

De esta suerte, nuestro Señor en su Sacramento será vuestro modelo para vuestras virtudes religiosas, de igual modo que es vuestro principio y fin.

IV. Y todavía es menester que haga más. Venir El mismo á practicarlas en vosotros, pues interesa que por vuestra unión con Él no forméis más que una sola persona moral; por manera que sea Él quien dé la vida, la inspiración, la gracia y el mérito, y que vosotros no obréis sino como miembro y órgano suyo.

Penetraos bien de este gran principio — Nuestro Señor, que en el Santísimo Sacramento se ha revestido de todas las virtudes, al entrar en su gloria no puede ya servirse de ellas para obrar actos meritorios; mas como desea con ardor practicarlos para glorificar á su Padre, quiere vivir de nuevo y encontrar un alma capaz de merecer, facultades que puedan amar, trabajar y sufrir realmente. Con ese designio júntese con los fieles, que se convierten en miembros suyos, y de los cuales pónese como jefe, cabeza y corazón moral y sobrenatural; infúndeles su gracia y divina savia, los mueve y los induce á obrar y trabajar. Entonces produce en ellos obras meritorias y satisfactorias, recupera su vida transeunte, su encarnación comienza nuevamente, y el Padre le mira otra vez pobre, casto, obediente, dulce y humilde como en los días de su vida mortal. Revive en nosotros, y nuestras obras tanto son suyas como nuestras. Toda la vida sobrenatural reside en esta unión de compañía y de vida; entremos, pues,

en ella y conservémosla bien; estrechémosla cada día más, de suerte que nada lleguemos á hacer en ella, nada absolutamente, por nosotros mismos, por nuestra razón ó por nuestro corazón, por nuestras facultades y nuestros sentidos humanos y naturales, pues esto no puede ascender hasta Dios para cuya gloria nada produce, como tampoco en orden á nuestra eterna bienaventuranza; aparte de que es cosa harto insignificante para influir en los demás. Todos nuestros pensamientos, obras y vida hay que procurar que sean producidos en nosotros por Jesucristo, que se ha convertido en alma nuestra, en corazón, mente y pensamiento nuestros, que se ha hecho todo en todos y en nosotros, que desea reemplazar nuestra vida con la suya y nuestro ser natural, el de Adán, por su ser sobrenatural, el ser del Hijo de Dios; que, en una palabra, quiere poner su personalidad en lugar de la nuestra, á fin de convertirnos en otros Él mismo que no obren sino por el Padre, para el Padre, en Jesucristo, su Hijo y en su Espíritu Santo: entonces seremos verdaderamente religiosos y santos y Dios hallará en nosotros su gloria y sus complacencias.





## LA HUMILDAD

**C**UÁLES son los fundamentos de la santidad?—Con solo una palabra puede responderse: Jesucristo es el modelo, la gracia y el fin de toda santidad.

Es su modelo necesario, porque en Él hay que ver las virtudes para comprenderlas.—Una virtud no es más que la reproducción de una de sus acciones, la *imitación* de Jesucristo en uno de sus actos; y aunque en teoría es bueno querer definir la virtud en sí misma, hay que estudiarla en Jesucristo si se ha de comprender, y sobre todo si se ha de reproducir sobrenaturalmente; pues no siendo así, no se ven ni se realizan más que virtudes naturales.

Porque Él es la gracia á la par que el dechado de toda virtud: «Sin mí—ha dicho—nada podéis hacer.» Necesitamos, por consiguiente, su ayuda, pues el trabajo de la virtud no es más que una cooperación á la acción divina de Jesucristo en nosotros, que acude á ayudarnos y á impulsarnos á hacer lo que hace Él mismo.

También debe ser el fin de las virtudes y de la santidad; por manera que toda virtud tiene que hacerse suya para ser grata á Dios, y únicamente en

Él y por Él seremos coronados, como miembros subordinados á su única cabeza.

Sentado esto, estudiemos las virtudes de Jesucristo más necesarias al religioso.

I. Ahora bien, la gran virtud de Jesucristo es la humildad. «Aprended de mí — dice — que soy manso y humilde de corazón.» — Erige á la humildad en su virtud peculiar y más excelente; siéntala como fondo de su corazón y de su carácter divino y humano: es Dios, y se humilla; todavía se humilla como hombre, y en todo y dondequiera descúbrese esa humildad que es como nombre, sello y signo suyo, según dice San Agustín: «Nombrar á Jesucristo es señalar la humildad:» *Cum Christum nomino, maxime vobis humilitas commendatur.*

No pudiendo humillarse nuestro Señor por pecados suyos, puesto que no los cometió, abraza la humildad por amor, por elección y complacencia.

Por lo que toca á nosotros, debemos ser humildes, no sólo por nuestros pecados, sino por amor á Jesucristo humillado; la primera humildad es negativa, y positiva la segunda.

Ahora bien: Jesucristo manifiesta su humildad en la dependencia en que se muestra de su divino Padre.

Refiere á Él toda gloria, y declara que de Él recibe su ser, su acción, su palabra y hasta su mismo pensamiento. Si le proclaman bueno, contesta que sólo Dios es bueno; si le piden milagros, ora á su Padre, antes de realizarlos, como pidiéndole poder para ellos y declara que el Hijo nada tiene por sí mismo: *Filius a se non habet quidquam.* — Como hombre, su naturaleza humana es creada y dependiente de Dios y quiere conservarla en esa depen-

dencia á vista de todos, para darnos el más sublime ejemplo de humildad, supuesto que su misma humanidad, como unida al Verbo, era digna de obrar por sí misma y de recibir todo homenaje y toda adoración; mas nuestro Señor quiere inculcar la humildad practicándola por la dependencia voluntaria y absoluta con respecto á su Padre.

Al tratarse de penas y humillaciones naturales, las acepta con solicitud, las sufre hasta sus últimas consecuencias, padeciendo la humillación de la debilidad, del cansancio, de la tristeza, del abatimiento, del temor, del desaliento y del disgusto, y entonces habla y se lamenta como hombre.

Tal es la humildad de Jesucristo. — Ciertamente, la humillación no es amable, por lo que basta con sufrirla pacientemente; pero ¡cómo cambia de aspecto y se transforma mirada en Jesucristo y practicada con Él! No se trata ya de la humillación, sino de Jesucristo humillado, que en ninguna parte es tan amable como en sus humillaciones.

También importa contemplar la humildad en María, que es la más humilde de las criaturas, sin embargo de que no ha sido condenada á la humildad á causa de sus pecados, pues no los tiene, ni por el temor de caer en ellos, pues su amor la une indisolublemente con Dios; sino que es humilde por amor, por elección; su humildad es la positiva, que es renuncia y abnegación de todo el propio ser, para no recibir, ni vivir, ni depender en todo más que de Dios: por eso María, que enamoró á Dios por la pureza, llegó á ser Madre suya por la humildad.

II. Ahí tenéis la primera humildad que debemos imitar, aunque pecadores y condenados á humillarnos por necesidad de estado.

Refráramoslo todo á Dios. Devolvedle sus gracias, que os presta únicamente para que las hagáis fructificar para su provecho y gloria; no os enorgullezcáis por los dones de Dios; no os los apropiéis cual si de vosotros procedieran, sino confesad que vienen de Dios; no os fundéis en ellos como si formasen parte de cosa que naturalmente se os debiera, sino manteneos en dependencia de Dios continua y actual, como recibiendo siempre, sin poseer jamás, y reconoced que la misma gracia que subsiste y os parece connatural, se deriva actualmente de Dios y es sostenida en vosotros por positiva voluntad de su misericordia, pues vosotros mismos no tenéis sino la nada y la impotencia absoluta. — Meditad atentamente que no cayó Lucifer sino por haber considerado sus dones como provenientes de él, y haber pensado que se bastaba á sí propio, siendo así que no existía ni obraba sino por el divino influjo de la gracia.

Acaso diréis que pues obráis juntamente con la gracia, se os debe atribuir una parte del resultado, y que podéis participar de los frutos al menos como por derecho del colono que hace valer las tierras de su señor. ¡Nada de eso! Pues aun vuestro propio trabajo no vale sino por la gracia que lo acompaña, y que así como empezó continúa elevándolo y convirtiéndolo en sobrenatural y meritorio. Indudablemente Dios os recompensará; pero son sus dones los que coronará en vuestros méritos. Por manera que ni al principio, ni en medio, ni en el fin hay un solo instante en que podamos considerarnos como obrando por nosotros mismos, por nuestras fuerzas, sino que somos movidos, elevados, *operados* por la gracia, por Jesucristo, como dice la Teología: al igual de

un miembro que no opera sino bajo la dirección de la cabeza, juntamente con ella, por los ánimos, vida y movimiento que le comunica. Mas como nuestra cabeza, *caput*, es Jesucristo, ríndanse á esta cabeza augusta el honor y la gloria del triunfo, el fruto y resultado del trabajo, así como en el cielo se cantan honra, fuerza, poder y acciones de gracias á Dios y al Cordero que ha vencido.

¡Ay! ¡Cuánto se defrauda á Dios, bondad suma, en la vida espiritual! Así, pues, digamos con San Pablo: «¡Yo, nada; sino la gracia de Dios conmigo!»—Y guardemos vigilantemente las palabras de Jesucristo: «Sin mí, nada podéis hacer; nada absolutamente.»

Pero en la práctica, el hombre es naturalmente pelagiano; piensa que puede bastarse; acude en primer término á sus recursos, emplea sus medios, medita sus planes antes de pedir ayuda á Dios: ¡tan poco persuadido se halla de su propia insuficiencia absoluta y de la necesaria dependencia en que está respecto á Dios! Bien consentirá en ser auxiliado, y orará para superar el obstáculo; pero no principiará dirigiéndose á Dios antes de poner manos á la obra. Por consiguiente, renunciad á vosotros mismos; sabed de una vez con ciencia cierta y habitual que nada podéis nunca, ni aquí ni allá, ni hoy ni mañana, ni para esto, ni para aquello, y antes de hacer lo que quiera que sea, id á pedir á Dios su auxilio. Esta sería verdadera humildad, que evitaría muchas necesidades. Prodigios realizarianse si se obrase de esta suerte; siempre sería Dios el que en nosotros operara. Pero se hace todo lo contrario. ¡Cuánto tiempo se pierde en probar, dejar, vuelta á empezar y en faltar! ¡Cuántas torres de Babel! Se trabaja, se suda, se fatiga; no se retrocederá ante el



mal éxito, pues interviene el orgullo, y cuando se quiere muy positivamente, antes que retroceder, se sufriría la muerte; nada de este gran trabajo llega al término propuesto, pues como Dios no ha figurado en él para nada, lanza en él la confusión y la ruina. Mucho cuidado con esto. ¡Cuando no es la santa obediencia la que nos obliga á un trabajo, ser tenaces en él es producto del orgullo, y entonces se trabaja para el viento!

Por lo cual seamos humildes antes y después. Ser humilde es depender de Dios, conservarse bajo su mano, sin apoyarse en sí mismo, sino sólo en su brazo omnipotente.

III. Ahí tenéis en qué consiste la humildad positiva, en la cual para nada entra el pecado.—Mirad ahora la negativa á que venimos obligados por nuestro pecado original y el estado en que nos coloca ante Dios.—Aunque purificados de la falta por el bautismo, somos portadores de una naturaleza infuncionada del pecado, quebrantada por el pecado y abierta por todos sus poros al pecado: una pobreza absoluta, una miseria lamentable. ¡Ay dolor! Una mísera inteligencia, un pobre corazón todo viciado: eso es lo que hay que saber, reconocer y declarar á Dios y á los hombres, y lo que debe inspirarnos un sentimiento innato y como natural de humildad, á manera de la ignorancia y debilidad del niño que dice con toda sencillez: «No puedo, no sé.» Es preciso; porque si no os hacéis, en esto especialmente, semejantes á los pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos.

Pero hay más.—Nuestros pecados personales son otra fuente de humildad y de humillaciones más profundas. Soy pecador, más pecador que todos

los hombres, porque hubiera podido hacer y aun podría hacer todo lo que han hecho, á la vez que ellos no hubieran sido tan malos como yo, si hubiesen tenido tantas gracias como yo. Y es verdad. El hombre verdaderamente humilde se pone en su estima bajo los demás, pues como sabe que merece el último sitio, colócase el último. Por otra parte, y sin necesidad de establecer comparaciones ni proporciones, ¿habéis una sola vez ofendido á Dios? ¡A qué más! Habéis por vosotros mismos crucificado á Jesucristo en vosotros. ¿No es bastante?—Mas si le hemos ofendido con frecuencia ¡oh! ¡en qué abismo de humildad no deberemos hundirnos y escondernos! Hemos multiplicado la Pasión, la crucifixión y la muerte de Jesucristo: *Rursus crucifigentes*; no apartéis esto de vuestra vista, y seréis humildes. Mas diréis que con semejante pensamiento no se puede vivir. Claro está que se debiera morir de vergüenza y de pesar.—Nuestro Señor nos perdona por lástima que le causamos y cubre por su bondad nuestras faltas como el padre del hijo pródigo; perdona, todo lo olvida y echa sobre los harapos de éste la vestidura del festín, mientras el hijo se acusa, se humilla y declara sus extravíos: ahí tenéis la verdadera humildad.—Pues bien; aunque Dios nos perdona, no nos perdonemos, aunque olvide, no olvidemos, y no temamos bajar, pues que Dios sabrá subirnos. Permanece el orgullo en la humillación y se glorifica en su lodazal como el cínico, en tanto que la gracia hace que se remonte el alma humilde y la exalta en proporción á sus abatimientos voluntarios, pues la humildad es fuente de agua viva que lanza su surtidor potente á la vida eterna. *Qui se humiliat, exaltabitur.*